

Svetlana Alexiévich (2016). *La guerra no tiene rostro de mujer*. México, Debate.

El libro de Svetlana Alexiévich (1948), premio Nobel de literatura 2015, *La Guerra no tiene rostro de mujer*, reúne un conjunto de testimonios sobre la participación de las mujeres en el Ejército Rojo, durante la Segunda Guerra Mundial, que ponen en cuestión los presupuestos de la imagen femenina que la cultura occidental dominante ha venido implantando respecto a las mujeres, para decirlo con el antropólogo J. J. Bachoffen, a partir del predominio del patriarcalismo, desde hace varios siglos. Estamos acostumbrados a ver a la mujer como madre, novia, virgen, monja, bella dama, etcétera, pero como soldado, comandante de cañón antiaéreo o combatiente profesional, es algo que altera los roles establecidos del “sexo débil” o “segundo sexo” (S. de Beauvoir), algo fuera de lo normal o que, simplemente, resulta una situación insólita en tanto que altera la imagen de la mujer que suele operar en el imaginario inconsciente de la sociedad de manera espontánea.

Lo imaginario opera de manera ambigua. Dice Henry Corbin, lo imaginario alude al mundo de lo *imaginal*, al mundo de las imágenes cultivadas largamente por la cultura, sobre todo a través de las narrativas míticas, religiosas y literarias, permanentemente enriquecidas y recreadas, a través de las cuales se nos revela el *alma* de la realidad. Pero lo imaginario puede también pervertirse, siendo la falta de formación —o deformación de nuestras imágenes—, causa de agravios, violencia, intolerancia; falta de valores éticos y un fanatismo irracional que puede llegar incluso hasta la elección por vía “democrática” de alguien que promete solucionar todos los males de la tierra autoproclamando-

se “Salvador”; la historia moderna abunda en ejemplos (Hitler, Stalin, Mao, Franco, Mussolini o Trump).

La historia de la cultura, particularmente la moderna, en la que ha entrado en crisis la racionalidad que supuestamente la orientaba, no puede entenderse al margen de la irrupción de estas *imágenes* o arquetipos del inconsciente colectivo, a decir de C. G. Jung. En el caso que aquí nos interesa, de la imagen de lo *femenino*, cuya falta de cultivo es causa de la desorientación, el desprecio, el miedo y un odio velado hacia la mujer, cuya expresión en nuestros días son las altas cuotas de feminicidios, particularmente alarmantes en nuestro país.

En uno de los testimonios que S. Alexiéovich recoge en su conmovedor y extraordinario trabajo, un oficial dice:

[...] observábamos con cierto recelo cómo el sexo débil aprendía el arte militar, considerado desde siempre una tarea masculina. La guerra no es lugar para una mujer. Imposible imaginarse a una mujer con trenza arrastrarse por el fango armada con un fusil de francotirador. Acostumbrarse a ser salvado por una de ellas. Por poner un ejemplo: una enfermera es algo habitual. Pero ¿qué podía hacer una chica en la artillería antiaérea donde es necesario levantar proyectiles muy pesados? Su salud no lo aguantaría [...] (154).

Pero sí fue capaz de hacerlo y pronto estos oficiales tuvieron que descartar todas sus dudas: “Las muchachas se convirtieron en auténticos soldados”.

La historia de Occidente se enlaza con la del triunfo del poder masculino vinculado con una forma de pensamiento racional y el eficaz ejercicio de la violencia que ha dejado de lado la parte intuitiva y corporal, sentimental y afectiva que la mujer afirmará incluso en la guerra.

El libro de Alexiéovich invita a una nueva manera de pensar la historia, a través del registro coral de las participantes olvidadas en una epopeya, en gran parte ocultada o falseada, de un millón de mujeres, muchas de ellas al filo apenas de cumplir la mayoría de edad, que se lanzaron voluntariamente, con desesperación y vehemencia al frente, a defender a los suyos de las atrocidades asesinas de la maquinaria bélica nazi que avanzaba implacable devastando el territorio ruso.

No obstante, pese a la demostrada valentía de las mujeres, disciplina, audacia y profesionalismo, después de la guerra la gente no vio con

buenos ojos a las participantes. La imagen estereotipada que la cultura se había venido forjado de lo femenino y que, quiero insistir, sigue vigente hasta nuestros días, no checaba con la realidad de su triunfo. De manera que volvió a implantarse la degradación inmediata de la imagen de la mujer. Dicen ellas: “Primero vivimos alegría, después miedo. Miedo a la vida de paz. Qué eran las que habían vuelto de la guerra, unas desadaptadas sin oficio”. Se suponía que lo único que sabían hacer era la guerra. Que con seguridad no habían ido sino para satisfacer el deseo sexual de los hombres. De esta manera, la gran mayoría optó por no confesar a nadie que habían combatido: “Al principio nos escondíamos, ni siquiera enseñábamos nuestras condecoraciones. Los hombres se las ponían, las mujeres no. Los hombres eran los vencedores, los héroes [...] pero a nosotras nos miraban con otros ojos” (146).

Todos tenemos acceso a la imagen arquetípica de lo femenino, particularmente a través de la madre, “buena” y “mala” a la vez. En las altas culturas, uno de los momentos más importantes en la vida del hombre implicaba la iniciación en los *misterios* femeninos, en Summer, Egipto, Grecia o el México antiguo. A lo largo de la historia occidental, sin embargo, en la que priva la racionalidad, se ha venido conformando una imagen parcial de lo femenino que mientras por una parte exalta su virginidad, por otra desprecia su espontaneidad seductora, es decir, todo lo que no se alinea a la racionalidad del código patriarcal de sumisión. La imagen de lo femenino como “mujer fatal” a finales del siglo XIX, principios del XX (Salomé, Madame Bovary, Ana Karenina, Lulú), venía ya desarrollándose, al menos desde la religión cristiana, en la que Eva, como Pandora, es la causa de todos los males de la tierra, al igual que la traidora Malinche, en la conquista de Tenochtitlan. Esta imagen negativa que opera en el inconsciente conformado en el largo tiempo, impregna la concepción de lo femenino, aun en las mujeres mismas, y se suele activar y manipular ideológicamente, según las conveniencias político-sociales.

Después de la guerra, incluso las propias mujeres se burlaban de las ex combatientes y las acusaban de ligeras, machorras o prostitutas. Para un hombre resultaba difícil pretender unirse en matrimonio con alguna de ellas, lo que contrastaba con el sentir de las ex soldados: “Yo me sentía una heroína [...] habíamos devuelto tantos hijos a sus madres, tantos

maridos a las esposas [...] Por la noche nos sentamos a tomar el té, la madre llamó a su hijo a la cocina y lloró: ¿Con quién te has casado? Es una fulana del frente [...] como diciéndome que yo no tenía derecho a nada” (362).

Svetlana Alexiévich nació en Ucrania, hija de un militar soviético, de origen bielorruso, no es casual que haya escrito este libro acerca de la guerra, al que se suman otros como el de las tragedias de Chernóbil y de Afganistán. El libro que aquí referimos fue inicialmente prohibido por cuestionar los clichés sobre el heroísmo soviético y la crueldad con que muchos combatientes heroicos fueron tratados por el stalinismo, acusados de traición; entre otros pretextos, por haberse conmovido, en algún momento, frente al sufrimiento del enemigo alemán. Este trabajo, publicado gracias al proceso de reformas conocido como Perestroika, fue reescrito en 2002 para incorporar los fragmentos tachados por la censura. A través de su escritura, Alexiévich no ha cesado en denunciar, a partir de su propia *alma* de mujer, como diría J. Hillman, la realidad y el drama de gran parte de la población de la antigua URSS. Tras el anuncio del galardón 2015, valientemente declara: “Respeto el mundo ruso de la literatura y la ciencia, pero no el mundo ruso de Stalin y Putin”.

BLANCA SOLARES